

Martínez, Ana Guadalupe, *Las cárceles clandestinas de El Salvador. Universidad Autónoma de Sinaloa, México, 1980.*

Ya es tiempo que los revolucionarios transmitan su experiencia hacia nuestros pueblos en su lenguaje, con la sencillez que el pueblo la entiende y la ha vivido desde una posición consecuente". Con estas palabras concluye René Cruz, máximo dirigente del PRS-ERP, el prólogo a la obra testimonial de Ana Guadalupe Martínez, *Las Cárceles clandestinas de El Salvador*, que recientemente publicó la Universidad Autónoma de Sinaloa. Esta especie de reclamo y exhortación, por demás válido y legítimo, encuentra inmediatamente una sólida respuesta. En efecto, la trayectoria revolucionaria de Ana Guadalupe Martínez esta fuera de duda. Fue en el ambiente de la primera huelga nacional del magisterio salvadoreño conducida por la Asociación Nacional de Educadores Salvadoreños (ANDES), en 1968, cuando Ana Guadalupe se incorporó al movimiento de estudiantes de secundaria. En este sector realizó sus primeras experiencias políticas que la orientaron a ingresar en 1973 al Partido de la Revolución Salvadoreña (PRS). En 1976, además de formar parte de la Dirección Nacional del PRS, se desempeñó como jefe de las fuerzas militares del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) en la zona oriental de El Salvador. Precisamente en esa época y para ser precisos el 5 de julio del mismo año, Ana Guadalupe es capturada por los cuerpos de seguridad, en las proximidades de la Ciudad de San Miguel. A partir de este suceso, principia el relato testimonial *Las cárceles clandestinas de El Salvador*.

Naturalmente que el grueso de este libro está destinado a narrar el cúmulo de experiencias políticas, militares, ideológicas e incluso aquellas que eufemísticamente llamanos humanas, a que se ven

sometidos los desaparecidos y presos políticos salvadoreños. Estas experiencias están indisolublemente ligadas a la práctica de la tortura física y psicológica que son objeto los luchadores sociales, a manos de los cuerpos policíacos. Nadie debería dudar que las técnicas represivas que utiliza el régimen militar salvadoreño, en mayor o menor grado son las mismas que se ponen en práctica en Guatemala, Uruguay, Paraguay, Chile o Argentina. Todos han sido científicamente asesorados por los especialistas del Pentágono.

El ascenso de las fuerzas democráticas y revolucionarias salvadoreñas y la factibilidad de triunfo sobre la dictadura militar demócrata cristiana, convierten al libro de Ana Guadalupe en un vehículo de comprensión sobre la sociedad salvadoreña y el proceso de liberación de este pueblo.

Podemos decir que desde las primeras páginas de *Las Cárceles Clandestinas*. . . , el lector es "encarcelado" y sumergido en los degradantes ambientes de las prisiones destinadas a los "desaparecidos" políticos. Pero veamos como resume la autora los métodos de la Guardia Nacional para obligar a los ciudadanos a reconocer la comisión de supuestos delitos:

"En el caso de la mujer, el abuso sexual, la constante referencia a la violación, los manoseos, etc., es uno de los más fuertes elementos de presión para desmoralizar, que los cuerpos represivos tienen en su arsenal. El sólo hecho de sentir un par de manos asesinas que toca el cuerpo causa repulsión y angustia a la vez; tener la certeza de que esto ocurrirá, pero aún así, el hecho se presenta salvaje y horroroso."

"Tanto para el hombre como para la mujer, con este tipo de torturas tratan de incidir

---

sobre el marco de valores ideológicos que sitúan la dignidad, el honor, la hombría, etc., en el terreno sexual. En ese sentido es más que una tortura, que no sólo produce dolor físico sino que además trata de desmoralizar, atacando elementos psicológicos (abuso sexual) que dentro de este marco de valores ideológicos no podrían ser recuperados jamás. Obviamente que para estos psicópatas asesinos que gozan con el dolor humano, es imposible entender que la dignidad y el honor residen en el respeto a los principios de lucha de los revolucionarios y que todo dolor físico que ellos provocan puede ser derrotado por la dignidad y el coraje de sostener los principios de lucha en todo momento.” (Pág. 34)

Repentina pero inevitablemente, el lector “supera” aquél mundo distante por desconocido de las denuncias de las cárceles clandestinas existentes en América Latina. Esta superación sólo la entendemos por la fuerza y la naturalidad del relato que lentamente va involucrándonos en el pensamiento y personalidad de los torturadores. Es así que el lector puede compartir las reflexiones de los protagonistas de esta “historia” —porque hay momentos y épocas en que la realidad misma se nos presenta como una novela; como el producto de la mente de un escritor—, acerca de las dificultades de la unidad entre las organizaciones de izquierda, las diferencias en el plano ideológico o sobre el curso militarista de las organizaciones armadas, sin olvidar el examen de las contradicciones interburguesas y las pugnas entre las fuerzas armadas.

Más adelante se introducen elementos de análisis sobre los problemas vinculados con la táctica y

la estrategia de la lucha armada durante el periodo 1976-1977.

En el capítulo titulado “Primeros contactos con los otros secuestrados”, se recuerda que “la soledad y el silencio son también parte de la violencia con que tratan de desmoralizar y someter a los secuestrados. El tener que verles las caras a quienes son tus verdugos, sin tener la pequeña alegría de ver un rostro amigo y escuchar una voz compañera, hacen más penosos y desolados los días de secuestro”. Tal aislamiento sólo tiene una solución: establecer alguna forma de comunicación entre los secuestrados. Ingeniosamente, Ana Guadalupe logra “hablar” con otros militantes presos, Valle y Mireya, Marcelo y el Dr. Madriz; este último fue aprehendido en calidad de sospechoso por haber vivido y graduarse de médico en La Habana. El más breve y tribal intercambio de palabras, un fugaz diálogo entre los “desaparecidos políticos” son esenciales para la sobrevivencia.

¿Qué hacer para resistir el aislamiento físico y psicológico? ¿Cómo sobreponerse a la pérdida de la noción del tiempo? ¿Qué actitud asumir frente a la ostentosa información que manejan los cuerpos de seguridad? Estas y muchas más cuestiones tienen una respuesta en el libro de Ana Guadalupe.

Compuesto por más de treinta capítulos, la obra nos presenta un sorprendente periplo que se inicia con la captura de la autora en la ciudad de San Miguel, y concluye en Argelia, donde llega a ser canjeada por la liberación de Roberto Poma, uno de los personajes más poderosos de la oligarquía salvadoreña. El relato adquiere mayor fuerza con los testimonios de los militantes del ERP que ejecutaron la “Operación Roma” que produjo el secuestro de Roberto Poma. También se agregaron

una serie de artículos en los que se analizan algunos de los fenómenos e instituciones sociales que componen el cuadro político de la sociedad salvadoreña: la iglesia, el ejército, los presos políticos, el curso del movimiento popular y las organizaciones partidarias. Al término de la obra encontramos un artículo en el cual se plantean las debilidades del movimiento popular por lo menos en 1976, "sobre todo en aspectos políticos e ideológicos como son la falta de unidad y cohesión en la lucha contra la dictadura del General Romero" (p. 338). En seguida, se precisa que "las condiciones de represión han obligado a las masas a plantear la autodefensa y un mayor grado de organización, para garantizar la continuidad de la lucha". Desde aquel tiempo, Ana Guadalupe pronosticaba que a pesar de las derrotas electorales y la represión, ya se gestaba "una fuerza que puede dar combate de hecho aun bajo condiciones represivas agudas".

Con la década de los setentas, se abre paso la incorporación de sectores populares en la lucha armada. Al parecer esta alternativa es la respuesta al cierre de las vías electorales, la supresión de los derechos democráticos y la intensificación del clima de represión. A diferencia de otros países latinoamericanos, tenemos que la lucha armada en este país centroamericano "no constituyó un mero fenómeno contestatario, sino que está estrechamente ligada al proceso de radicalización de la lucha de masas y por lo tanto al proceso de conformación de un poder popular. La lucha armada no sólo está inscrita como históricamente necesaria, sino que aparece como una respuesta legítima a las necesidades de lucha del pueblo contra una sangrienta dictadura". (p. 339)

Enrique Pino Hidalgo

*Francis Pisani, Muchachos. Nicaragua, journal d'un témoin de la révolution sandinista. Encre Editions, Paris, 1980.*

Francis Pisani, periodista francés, vivió en Nicaragua el final de la guerra de liberación contra la dictadura de Somoza. Su libro es, en forma de diario de guerra, una visión de los últimos días de la lucha. No una visión exclusivamente militar, sino un panorama de la expresión del sentimiento popular, y una presentación apresurada, viva, sobre la marcha, de los problemas primordiales que se presentaron al nuevo gobierno del país después de la victoria. Su intención no es, pues, la elaboración de un análisis, ni de una interpretación de la situación nicaragüense del momento, sino ofrecer el relato, escrito en presencia, de un testigo de los hechos. Sin comentarios directos de opinión pero dejando ver, claramente, su simpatía hacia el Frente Sandinista y el movimiento popular.

Pisani visitó el frente sur durante el mes de junio de 1979. Volvió a entrar en Nicaragua algo más tarde, esta vez por la frontera de Honduras, desde donde acompañó a milicianos y combatientes del ejército sandinista en su marcha por la zona liberada del norte nicaragüense. De allí se dirigió al centro del país, León, después Managua, siguiendo el progreso de las fuerzas rebeldes. *Muchachos* nos hace entrar en los días febriles de la contienda y la victoria, en un mundo de jóvenes dispuestos a todo por la libertad. Es, también, el testimonio de un pueblo oprimido que se debate por tener derecho a la vida, contra la "miseria que lo aplasta todo", contra la desigualdad social, contra la indiferencia y la crueldad de los que tienen algo contra los que no tienen nada. Registra también la desesperación popular ante la violencia demencial de los agentes